

FUNDADO EN 1906 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

«E S necesario que un príncipe que desea mantener-

MAQUIAVELISMO, ETICA Y POLITICA

cambio, aquella subversión se encarece casi siempre en nombre de una moral

se aprenda a poder no ser bueno y a servirse o no servirse de esa facultad según que las circunstancias lo exijan.» «No tema (el príncipe) incurrir en la infamia aneja a ciertos vicios si no puede sin ellos fácilmente conservar su Estado, porque si se pesa bien todo hay una cierta cosa que parecerá una virtud, por ejemplo la bondad y la clemencia, y que si la observas formará tu ruina, mientras que otra cierta cosa que parecerá un vicio formará tu seguridad y bienestar si la practicas.» «Un príncipe no debe temer, pues, la infamia aneja a la crueldad cuando necesita de ella para tener unidos a sus gobernados e impedirles faltar a la fe que le deben.» «Se presenta aquí la cuestión de saber si vale más ser temido que amado. Se responde que sería menester ser uno y otro juntamente; pero como es difícil serlo a un mismo tiempo, el partido más seguro es ser temido, primero que amado, cuando se está en la necesidad de carecer de uno y otro de ambos beneficios.» «Cuando un príncipe dotado de prudencia ve que su fidelidad en las promesas se convierte en perjuicio suyo..., no puede y aun no debe guardarlas, a no ser que él consienta en perderse.»

Hasta aquí Maquiavelo a través de unas cuantas muestras del «maquiavelismo». No que el maquiavelismo sea invención suya. El maquiavelismo es a la política como la sombra al cuerpo; siempre unido a ella, desde siempre. Pero Maquiavelo dio su nombre al «maquiavelismo» porque nunca antes de él se habían explicitado las leyes «físicas» de la pasión de mando, de la erótica del poder con más despiadada lucidez y también, desgraciadamente, con más realismo.

Para él la ética no es una norma de conducta. Se entiende, para el príncipe. Debe serlo, por el contrario, para los súbditos frente a él. Para el príncipe es sólo un arma más entre las que dispone el poder. Cuando al príncipe conviene una conducta ética, se usa la ética; cuando no, no. Eso es todo. San Agustín dijo: «Ama y haz lo que quieras.» Maquiavelo le dice al príncipe: conquista el poder y haz lo que quieras. Porque el fin justifica los medios y antes del deber ser está el ser. El ser o no ser el César. Esa es la cuestión para él. Lo otro nada. La ley del éxito prima sobre la ley moral. El príncipe está sobre ella y, como el hombre es malo por naturaleza, es un villano, para dominarle hay que tratarle mal, villanamente: Paradójicamente, «El Príncipe», de Maquiavelo, es un tratado de la villanía contra la tendencia histórica de deificación del que manda.

La despiadada lucidez de Maquiavelo deslumbró a los políticos renacentistas. El Emperador Carlos V, que muere cristianamente recluido en Yuste, se confiesa lector asiduo del político florentino, aunque su política no fuese nada «maquiavelica». El problema, grave problema,

fue para los teóricos políticos católicos del barroco. Su antimachiavelismo fue absoluto, irreconciliable. Ya en 1583, el primer índice de libros prohibidos incluye entre las obras reprobadas todas las ediciones de la obra de Maquiavelo. Para el pensamiento político católico el maquiavelismo es una herejía, y el padre Suárez, aquilatando más, cree que, más que de herejes, se trata de ateos.

Pero había que encontrar un acuerdo entre la razón moral y la razón de Estado. La Ley de Dios es una norma para que todo hombre —incluido el político— se salve, pero no es ni puede ser una norma específica de «salvación» política. Y el político, por muy cristiano que sea, quiere «salvarse» también políticamente.

El «hallazgo» lo halló Gracián con el «casuismo», conforme al espíritu de la Compañía de Jesús a que perteneció. Mas la verdadera clave del acuerdo entre la sencillez y la astucia la dio el jesuita padre Sánchez con la idea de la «intención dirigida». Así, «se puede responder a una injuria incluso con la espada, dirigiendo la intención no a vengarse, sino a evitar la infamia». Y así, «si tu enemigo procura hacerte daño no debes desear su muerte por un sentimiento de odio, pero sí para evitar tu propio perjuicio». Pascal se rasgaba las vestiduras. Según él la Compañía quería tener unidas dos cosas tan opuestas: la piedad y el honor. Lo que sorprende es la sorpresa de Pascal. Unir la sencillez de la paloma y la astucia de la serpiente, el hombre y la mujer en una sola carne, Dios y el hombre en una sola Persona, eso es el cristianismo. Y en esa armonía, en esa concordia entre términos opuestos —aparentemente— reside el secreto de la vida misma.

Contemporáneamente, Ortega y Gasset, en «Mirabeau o el Político», refiriéndose a los conceptos de magnanimidad y pusilanimidad, es sin disputa —dice— más fácil y obvio no mentir que ser César o Mirabeau (aunque no es lo mismo ser César que Mirabeau). Y añade: «Ni fuese exagerado afirmar que la inmoralidad máxima es esa preferencia invertida en que se exalta lo mediocre sobre lo óptimo, porque la adopción del mal suele decidirse sin pretensiones de moralidad y, en

falsa, claro está, y repugnante.»

Es verdad que hay virtudes magnánimas y virtudes menores, así como hay bienes superiores e inferiores. Lo que no hay es el parámetro para medir una y otra cosa y, en su defecto, el peligro es tomar como medida la más falaz de todas, es decir, el éxito o el fracaso. El pequeño político es el que corre detrás del éxito, es el demagogo.

La virtud de la magnanimidad no pone de acuerdo la razón moral y la razón de Estado más que si usa, al usarla, no una «no moral» ni una inmoralidad, sino una moral también magna, magnánima. La magnanimidad es la grandeza y elevación del ánimo frente a las adversidades y la inconsistencia del acontecer humano. Es la virtud del político; no que toma, sino que merece ese nombre. Este último tiene siempre que estar optando no entre el bien y el mal, sino entre unos y otros bienes en la inmensa gama del bien. Porque el mal no puede ser optativo como lo fue para Maquiavelo. No sólo por una razón moral; también por una razón práctica. No está demostrado, ni lo demuestra Maquiavelo, que el mal sea rentable. La muerte desastrada, aquí en España, de César Borgia, uno de sus prototipos del maquiavelismo, así lo prueba; y lo prueba a la larga, y aun a la corta, toda la Historia. Pero la escala, la gradación de bienes, de los grandes a los pequeños, es ilimitada y compleja. Cuando el político opta —como debe hacerlo— por el bien superior no niega el bien inferior, sino que lo asume. Y si no lo hace así, sino al contrario, no hace un bien menor; sino, como lo vio Ortega, hace un mal. La omisión del bien mayor posible en beneficio de un bien menor es, sencillamente, un mal; un mal de omisión que es una de las formas del mal. Para concordar la sencillez con la astucia no basta con esquivar el mal; sino que hay también que no quedarse, si es posible, en la calderilla de los bienes menores que es estulticia.

No se trata de lucubraciones. La política, la más alta de todas las ciencias para Aristóteles, puede caer, como la religión, en el más negro «bizantinismo». Caer en eso del sexo de los ángeles o el de la democracia. Política de los políticos, por los políticos y para los políticos. Un círculo que se cierra sobre sí mismo y del que queda extramuros una cosa que se llama la gente, gente, el país.

En la democracia tiene que oírse la voz del pueblo que, cuando no es manipulada —y lo es con tanta frecuencia!—, es la voz de Dios. Esa voz verdadera, no falseada, tiene el seguro instinto de buscar y entregarse a los hombres que le sirven y rechazar a los que se sirven de él. Es una voz que llama a los que tienen vocación de servicio, que es la más alta vocación del hombre y la más noble y más digna, como ha dicho el Rey Don Juan Carlos.

Antonio GARRIGUES